JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

LEER, POESÍA

Pablo Neruda introdujo la poesía en el periódico. Publicó en *El Nacional* de Caracas un poema semanal, que después recopiló en *Odas elementales*, uno de sus más bellos y alegres libros. Son poemas sobre objetos cotidianos: la alcachofa, el hilo, la sal, el serrucho. Más tarde explicó su proyecto: "Quise redescribir muchas cosas ya cantadas, dichas y redichas. Mi punto de partida deliberado debía ser el niño que emprende, chupándose el lápiz, una composición obligatoria sobre el sol, el pizarrón, el reloj o la familia humana. Ningún tema podía quedar fuera de mi órbita. Todo debía tocarlo yo andando o volando, sometiendo mi expresión a la máxima transparencia y virginidad". Suelo recomendar a mis alumnos –niños, jóvenes y ancianos, pues de todo tengo– que lean poesía, pero no con un mero afán receptivo, sino con una pretensión expresiva. Hemos insistido demasiado en el momento asimilador de la lectura. Hay que leer, sin duda, pero ¿por qué y para qué? Porque mediante la lectura aprovechamos la experiencia de la humanidad, contenida en los libros, y nos libramos de un adanismo bobo. Además, aumentamos nuestros recursos lingüísticos, lo que resulta imprescindible para la vida. Nuestra inteligencia es lingüística, y la convivencia, íntima y política, es lingüística. Recuerdo un bello cartel de la República: "La lectura es la mejor arma contra el fascismo". Pero hay que contestar también a la pregunta por la finalidad. ¿Para qué leer? Para expresar. Expresar es exprimir nuestra inteligencia: pensar, hablar, conversar, actuar. Se expresa con la palabra, con el sentimiento, con la acción. La pasividad nos mata, porque nos hace sumisos, y limita nuestras posibilidades. Con frecuencia está fomentada por la educación, que enfatiza el momento del *aprendizaje*, en vez de insistir en la utilización de ese aprendizaje. Lo que me interesa de la poesía, además del placer que me produce leerla, es que me enseña a mirar las cosas de otra manera. "La rutina es la carcoma que destruye todas las cosas", escribió Gracián. La poesía recupera el brillo perdido de la realidad. "Epifanías cotidianas", eso quería encontrar Joyce. Nada está acabado. La realidad entera está ahí esperando a ver lo que hacemos los humanos con ella, qué posibilidades descubrimos. Todo se puede pensar de otra manera, decir de otra manera, amar de otra manera. Y como un ejemplo vale más que mil explicaciones, les pongo uno. Neruda nos habla de las humildes tijeras: "De dos cuchillos largos / y alevosos, / casados y cruzados / para siempre, / de dos / pequeños ríos / amarrados, / resultó una cortante criatura, / un pez que nada en tempestuosos lienzos, / un pájaro que vuela / en las peluquerías". Lo confieso. Ahora, cuando veo unas tijeras, las veo a través de las palabras de Neruda, y se lo agradezco. Una lectora sugiere una iniciativa: "Cuando nos levantamos, deberíamos pensar en las cosas que tenemos, y dar gracias por ellas: un desayuno, un trabajo, una familia, una casa... No todo el mundo dispone de estas cosas". Valorar lo que tenemos es parte de la gran poesía de lo cotidiano. ■

NADA ESTÁ ACABADO. LA REALIDAD ENTERA ESTÁ AHÍ ESPERANDO A VER LO QUE HACEMOS LOS HUMANOS CON ELLA



Raúl